

# Los “mejores” presidentes de Bolivia

Carlos D. Mesa Gisbert

**Página Siete**, domingo, 09 de agosto de 2015

El pasado 5 de agosto el periódico Cambio publicó una encuesta a propósito de los presidentes de Bolivia. La consulta planteaba la pregunta sobre ¿cuál es o ha sido el mejor presidente de Bolivia? La respuesta coloca a Evo Morales como el "mejor" con el 52% de respaldo, secundado por Bolívar con el 16,5%. Les seguimos siete mandatarios con promedios que van del 6% al 2%. De ellos, cinco corresponden a los últimos 30 años. Es evidente que los encuestados tienen una memoria corta, pues más de dos tercios citan a gobernantes contemporáneos. No hay ninguna razón para sorprenderse. Se da una combinación entre el impacto directo de los presidentes sobre la vida de quienes respondieron y la evidencia del dramático desconocimiento de nuestro pasado, que en lo que toca a la República se aproxima ya a los dos siglos de vida.

No es objeto de esta columna comentar la citada encuesta, legítima, por otra parte, sino reflexionar a propósito de las figuras de nuestro pasado, en concreto, nuestros presidentes. Empecemos por decir que somos una sociedad con muy baja autoestima, con un gran nivel de crítica y de autoflagelación. Estas características se mezclan con una escasa capacidad de autocrítica personal. El cóctel nos conduce a transferir nuestras propias insuficiencias en los demás. En términos generales, los ciudadanos tienen la idea bastante enraizada de que todo nuestro pasado republicano fue malo, de que la mayoría de nuestros gobernantes fueron o ineptos o ladrones, y de que nuestra situación actual es el resultado de gestiones presidenciales nefastas, caracterizadas por élites cuyo único interés era el enriquecimiento personal o la respuesta a intereses de grupo o de casta.

Sería miope no reconocer que, en efecto, muchos de los problemas e insuficiencias de hoy tienen que ver con características que se ajustan a esos severos juicios, pero mucho más miope sería no entender el contexto, las dificultades intrínsecas del propio nacimiento de la nación, su compleja realidad geográfica, su precaria realidad geopolítica y sus especificidades políticas, económicas, sociales y culturales, que explican mejor que el simplismo de la aparente ineptitud de las élites (incluida la que gobierna hoy) para lograr los objetivos del bienestar y la felicidad de nuestra sociedad.

Para juzgar a nuestros presidentes, más que el rasgo de mejores o peores, debiéramos usar la palabra significativos. En ese rango sería insólito no destacar la figura señera de Sucre, propulsor del salto final a nuestra independencia, o a Santa Cruz, verdadero organizador del Estado y artífice del proyecto panandino, que proponía un destino mayor al estrecho escenario de Bolivia y Perú. Mal haríamos en no reconocer la capacidad articuladora de Ballivián, garante de la nacionalidad y creador del departamento de Beni, o la conciencia de Belzu en torno a los artesanos urbanos y mestizos y su comprensión de la protección de la modesta industria local, o la ética insobornable de Linares, o la primera visión genuinamente modernizadora de Arce, o la sagacidad como explorador y estrategia de Pando que marcó el giro histórico-geográfico de Bolivia tras la Guerra Federal. No podríamos olvidar al caudillo republicano Saavedra, el de las primeras medidas sociales en favor de los trabajadores, ni tampoco la vocación pacifista de Siles Reyes, o los escauceos con la visión nacionalista y consciente del Estado de Toro y Busch, o el primer guiño a las tierras bajas de Peñaranda, ni la primera aproximación a lo indígena de Villarreal. Cómo dejar de lado a Paz Estenssoro, estadista que asumió la conducción del proceso del 52 y resolvió el dramático momento del

colapso económico de los 80, o a Siles Zuazo, valeroso jefe revolucionario y convencido demócrata, o a Barrientos, dinámico líder desarrollista...

No me cabe, por razones obvias, hacer una valoración de los presidentes de la democracia, pero sí reconocer que entre ellos contamos con notables figuras perfectamente equiparables a los mandatarios señalados en estas líneas.

Unas palabras finales sobre el Presidente. Discrepo de su centralismo autoritario y podría hacer muchas consideraciones en torno a las luces y sombras de su gobierno, pero no me cabe la menor duda de que, a estas alturas, se encuentra entre los presidentes más significativos de toda nuestra historia que, es evidente, caben en los dedos de una mano. No es tarea simple esa valoración y, se dirá, no es suficiente porque personaliza el intrincado camino de la historia prescindiendo del rol de la sociedad. Por todo ello, es imprescindible en estos casos una memoria larga, que una encuesta de estas características no puede darnos.

Carlos D. Mesa es expresidente de Bolivia.